



Andrés
Trapiello **El final
de Sancho Panza y
otras suertes**



Esta novela cuenta la búsqueda de fortuna de un grupo de amigos nada comunes. Poco bueno esperan ya de su patria, así que se ilusionan con un viaje que les cambie la vida. Sansón confía en la promesa de unas minas de oro y plata, fantasía desatinada donde las haya. Antonia le sigue por amor, pues empezar de nuevo es el único deseo legítimo y posible. A Quiteria le parece una locura y Sancho se embarca porque no se resigna a olvidar la vida errante.

El Nuevo Mundo es de los audaces, como se verá en esta vertiginosa y siempre inesperada sucesión de «hechos, sólo hechos», que no van a desvelarse en esta contracubierta por respeto a los lectores. En «Al morir don Quijote» se relató lo sucedido al famoso caballero y «El final de Sancho Panza y otras suertes» da cuenta del desenlace de sus propias vidas, que son las nuestras. Como sus personajes, también hoy siguen algunos empeñados en la noble tarea de reencantar el mundo.

Obra divertidísima y sentimental, que con un lenguaje único y la pauta de las novelas de aventuras logra que el lector salga de ella tocado por la gracia y esa inefable expresión de dicha que pinta la literatura en el semblante.

Hechos, solo hechos.

CHARLES DICKENS, *Tiempos difíciles*

CAPÍTULO PRIMERO

FELIZ ALONSO QUIJANO, también llamado don Quijote de la Mancha, honra y prez de la caballería andante, que murió sin conocer lo que la vida les tenía reservado a sus parientes y amigos. Feliz él.

Al morir don Quijote todo fue de mal en peor en aquel pueblo, y Sancho Panza, el bachiller Sansón Carrasco, Antonia Melgar, sobrina de don Quijote, y Quiteria Romero, ama suya, abandonaron la aldea. Cada cual la dejaba por sus propias razones, más o menos inconfesadas, aunque legítimas.

No la abandonaban porque dijeran que iban a mejorarse fuera de ella, aunque se lo repitieran una y otra vez para alentarse, sino porque pensaban para sus adentros que era difícil ir a peor, si se quedaban. Vivir engañados es parte sustancial de la esperanza, y los cuatro esperaban, menos morir, grandes cosas de la vida. Por eso vivían ya, cada uno a su manera, desesperados, si no muertos.

Había quedado suspendida esta historia, tras la muerte y entierro de Alonso Quijano, en aquel punto en que su sobrina, el ama, el escudero y el bachiller salían del lugar a cencerros tapados, camino de Sevilla.

El propósito de pasar a las Indias encogía el corazón a Quiteria y a Antonia, se lo ensanchaba a Carrasco y respetaba el de Sancho Panza, porque al antiguo escudero de don Quijote nadie le había dicho todavía que fuesen a llegar tan lejos.

Sancho creía otra cosa. Sancho creía... Quién puede saber lo que creía Sancho. Tenía las ideas confusas y lo que

deseaba estaba demasiado trenzado para saber exactamente lo que iba buscando en aquella su tercera salida como aventurero.

Días atrás, volviendo de Madrid, adonde habían ido a llevarle a Miguel de Cervantes unos socorros él y el bachiller, Sancho le había dicho que habiendo conocido la libertad no podía ya vivir ni un día sin ella, cuánto menos una vida. Se refería a aquella de vagabundaje, como escudero, que tuvo con don Quijote. Para él no la había habido mejor. Lástima que hubiese llegado tan tarde a ella y que don Quijote se le hubiese muerto tan pronto. Aunque es verdad que en su vida vagamunda hubo de todo y no siempre había salido venturoso: le habían manteado, le habían robado el burro, a menudo la cosa se ventilaba a puñetazos, pero un día encontraba un esquero con cien escudos, otro día su amo le libraba unos pollinos, acá conocía a una duquesa que le regalaba un traje nuevo de montero, allá a un gran señor que los tenía a cuerpo de rey en su casa sin más labor que hablar... Hablar era lo que más le gustaba a Sancho, lo que mejor se le daba y lo que más les placía de Sancho a cuantos le trataban. Era un don que él tenía. Luego murió don Quijote, y Sancho cambió, se tornó taciturno y melancólico, y gracias, las precisas. Aprendió a leer. De hecho aprendió a leer con el fin de leer su propia historia tal y como la contó Cide Hamete. Se dijo: «No sé quién soy». Mal asunto. Quien se dice esto no suele estar demasiado conforme con lo que ha sido, y Sancho se dijo además: «Sin saber quién soy, no podré saber nunca quién quiero ser. Con ser Sancho no me basta. Rían otros con él, que a mí me quedan muchas veras». Así es como empieza a roer el corazón humano la melancolía, y leer es lo más parecido a probar el fruto del árbol de la ciencia. ¡Melancólico Sancho, qui jotizado Sancho! ¡El mundo al revés! Se hubiera dicho que don Quijote había muerto cuerdo para que Sancho pudiera enloquecer a su sabor.

Al principio todo fueron cálculos de jornalero. Las veces que salió con el señor Quijano, había ganado en dos o tres meses lo que en un año. ¡Y qué inviernos luego, tan llevaderos! Labrar cestos, aperar astiles, pasar higos, trasegar vino, bellotear los campos... Él era el campeón de las bellotas, el adalid de los porqueros. Sin olvidar la fantasía de ganar una ínsula o una gobernación. Esa sí que no se paga con nada. Claro que, después de leer su historia, a Sancho se le cayeron los palos del sombrero, como suele decirse, y ya sabía que aquellas ínsulas habían sido recias burlas. La ignorancia es también, por esa razón, la mejor amiga de la felicidad. «Mujer, esto mío ya no lo sanan dineros», le había dicho a su Teresa tras la muerte de don Quijote. Teresa, que tantas ilusiones se había hecho de acabar gobernadora, maldijo su suerte, y se desazonó: «Este no es mi Sancho», y se diría que estaba deseando perderlo de vista. Sin él vivía mucho más tranquila, y siempre estaba a tiempo de recriminarle que no le veía nunca, porque se andaba por ahí holgando y dándose pisto con los señores.

O sea, que Sancho Panza esa mañana se dijo: «No aguanto más».

Conocía ya de las otras dos veces aquella sensación. Al salir del lugar se le ensanchaban los pulmones y se le despejaba la cabeza. Con su mujer Teresa Panza se entendía y no, quiere decirse que si estaba lejos de ella, la echaba algo de menos, pero cuando permanecía más de tres días a su lado, también a él se lo llevaban los demonios y quería perderla de vista. No entendía que a su marido ser Sancho a secas le supiera a poco.

Lo que le dijo exactamente Sancho al bachiller Carrasco volviendo de Madrid fueron estas palabras: «Si me quedo aquí, voy a consumirme, como mi amo. Y sería nada lo del ojo».

Sabiendo, pues, que el bachiller, Antonia y el ama pensaban dejar la aldea al día siguiente, pasó Sancho la víspera en vela, y sin decir pablo ni hablo ni esperar la aurora, me-

tió en sus alforjas una camisa, unas bragas y dos medias coloradas, y un trozo de tocino, otro de queso, un cuartal de pan, una libra de pasas y otra de bellotas; tomó luego el gabán y la cañaheja que le hacía de arrimo, y albardó su rucio.

Titilaban todavía dos o tres estrellas en el cielo cuando salió de su casa para ir a la de don Quijote, ya de Antonia.

Se pintaba en el horizonte un vago resplandor de plata sucia, y como había estado lloviendo copiosamente toda la noche, el campo olía a tomillo, a breza y a lanas pasadas por agua.

Le bastó respirar ese aire puro y fresco para recordar los buenos días de antaño, y en ese momento cantó un gallo allí cerca, y a lo lejos ladró un perro, y tuvo las dos cosas por el mejor agüero.

—Nada iguala el contento de las vísperas, y estas van a serlo de gloria. ¿No lo barruntas tú así, Almanzor? Además, es cosa acreditada: como lejos de casa, en ninguna parte.

Se lo decía a su jumento, con el que traía de atrás, como es sabido, una amistad muy estrecha, y añadió:

—Y de todas las cosas que contó quien escribió la historia de nuestras andanzas, hermano rucio, una me extraña, que fue hurtar su autor tu nombre, habiendo declarado todo lo demás de tu condición honesta, casta y sufrida, y cómo te hiciste a la áspera vida de los caballeros andantes con más conformidad que muchos famosos rocines, dicho esto sin menoscabo de terceros, ni mucho menos de nuestro paciente Rocinante. Y repito que me extraña, pues todos conocen en nuestra Mancha el linaje de aquel garañón que vendió un merchán de Calatañazor en la feria de Toledo en tiempos de Maricastaña, llamado Juan Humanes, y de Calatañazor a Almanzor, sígase el razonamiento.

Y así era o así lo creía el común de la gente, que aquel decantado animal había dejado su semilla en todo el reino manchego, y a los rucios de capa clara y una condición que

parecía humana, pues sólo les faltaba hablar, los llamaban también humanas.

Y hablando para sí tanto como para su borrico esas cosas camino de la casa del hidalgo, conoció de lejos al bachiller, a Antonia y al ama Quiteria, que para no ser sentidos estaban dando un rodeo y venían picando sus caballerías próximos al alfoz del pueblo: el ama sobre una borrica, no la suya de siempre, Altea, muy acabada, sino otra; Antonia sobre una mula, y el bachiller en Rocinante, más flaco, flemático y metafísico si cabe. Y aunque en la primera parte de esta historia se afirma que Sansón Carrasco montaba la mula y Antonia a Rocinante, no fue sino al revés, que el bachiller trocó con Antonia su montura, por ser esta una de las buenas y hermosas, y por parecer mejor una dama en una buena mula, que no en Rocinante. Y se declara esto aquí para que se vea que no hay ninguna historia en el mundo que se haya acabado nunca de contar, y que al mejor tejedor le queda un hilo suelto.

Acogieron Antonia y Sansón con alborozo a Sancho. Al no verlo esa mañana en el portal de los Quijano, daban ya por hecho, que no iría. Su inesperada llegada y la buena compañía que se prometían con él les contentó lo indecible; no tanto así al ama:

—Mal día habéis escogido, con esta nube, para poner os en camino.

Quiteria no acababa de perdonar al antiguo escudero de su amo el haberlo sacado de sus quicios, secundando sus locuras, y por ello aún lo aborrecía un poco. Creía que don Quijote, loco, pero sujeto, le hubiese durado mucho más que suelto, aunque suelto hubiese sido feliz, y sujeto, desdichado.

—¿Me guardáis rencor, ama? Cada cual, quien más quien menos, tuvo su parte en el final de nuestro amo, y estuvimos hartos engañados. Si vuestas mercedes, que lo tenían consigo, no pudieron arrancarle la afición de los libros ni la fantasía de salir a buscar aventuras, yo logré en mil

ocasiones que su vida no se despeñara, por no hablar de las incontables que la habrían abreviado de no habérselo estorbado yo, a costa casi siempre de mis costillas; y aquí está el bachiller Carrasco, que no me dejará por mentiroso.

—Tengamos la fiesta en paz —terció este—. No ha nacido aún quien pueda escribir de nuevo los hechos pasados, y vuestro amo y mi amigo, y ahora tío mío consorte a título póstumo, ha muerto, y aunque no encontremos consuelo de ello, a él le debemos el estar hoy aquí, buscando la ventura que nos habrá de mejorar a todos en quintal y medio. Si en mi mano estuviese el darle la vida a don Quijote, se la daría, así volviese a las andanzas, quiero decir a sus malandanzas, porque mejor loco que muerto, aunque la suya haya sido muerte de gran cristiano. Y digo más, ningún vencido llevará en su corazón una pena tan grande y venenosa como la mía, siendo yo su vencedor. Y si no se me tomara por sacrílego, ahora mismo iría a la sepultura de don Quijote y le diría «ea, hermano, levántate y anda», y lo pondría de nuevo a fatigar los anchos caminos de la tierra y aun de los mares, loco o cuerdo, porque fue de los que se puede decir que sus locuras admiraban y sus corduras consolaban. Y si lo que era movía a risas y burlas, lo que quiso ser admiraba e hizo que se le tuviera en más que a ninguno. Pero basta. Albricias, Sancho, entra en nuestra hermandad, y si todo sale a pedir de boca, como creo que saldrá, no acabarás conde o marqués, ni falta que hace, pero sí te mejorarás sin necesidad de sufrir las bromicas y empachos de duques y duquesas. No hay por qué mirar atrás ni todo lo de ayer fue malo. Antonia y yo somos mozos, pinta la aurora, clavan los luceros en el firmamento la nueva de nuestra buena fortuna, y vosotros, amigo Sancho, amiga Quiteria, y tú, señora esposa, henchimos la nueva edad de oro de la Mancha.

Pero fue decir esto Sansón, y sentir todos un no sé qué por dentro, no precisamente alegre. Fue en ese momento en el que Sansón se arrancó a cantar la copla que quedó referida ya en la otra parte:

Heridas tenéis, amiga,
y duelen os.
Tuviéralas yo,
y no vos.

CAPÍTULO SEGUNDO

—¿OYES LO QUE CANTA mi esposo? Te digo que sospecha algo, y si no, yo he de confesarlo. No, no puedo vivir en esta mentira, ama, que le deshonra. No ha podido ser más bueno conmigo. Yo le diré, él sabrá, si acaso no lo sabe, que yo creo que sí, él comprenderá, él me perdonará y yo podré vivir al fin con la conciencia tranquila y en gracia. Si no se lo digo, este secreto acabará bajándome a la sepultura.

Se lo dijo la niña Antonia al ama, frenando su mula para quedarse atrás y no ser oída.

—¡No, no, mil veces no! —le cortó alarmadísima Quiteña—. ¿Qué está diciendo vuesa merced?

El ama daba tratamiento de vuesa merced a Antonia únicamente cuando cursaba con ella asuntos de señalada gravedad.

—Creí —prosiguió— que ya vuesa merced se había persuadido. Contad con que el hijo que lleváis en las entrañas es vuestro y ahora también de él, y si se fueran a declarar todos los bastardos que corren por el mundo, de reyes a villanos, ni reinos ni mayorazgos tendrían cabal gobierno.

—Pero no estoy hecha a engaños, no soy una villana. Llevo en la masa de la sangre, como mi tío, vivir honrada en la verdad, y si he quedado sin honra, he de honrarme al menos con la nobleza, que nobleza obliga. Tú no lo entiendes porque no eres hidalga.

—Hazlo, y perderás la honra sin ganar estima. Se sabrá, se hablará, se te motejará y caerá sobre tu esposo y tu hijo un pecado que es sólo tuyo. ¿Y qué vais a hacer y a dónde

iréis? Él a lavar su honra con tu sangre, y tú, si sales viva, a una casa de trato.

—Yo lo diré.

Conocía bien el ama el genio vivo de la sobrina, y no quiso decir más.

Se detuvieron Sansón y Sancho en lo alto del reteso, por esperarlas. Cuando llegaron donde ellos, reiniciaron la marcha y el bachiller prosiguió su cantar:

Heridas tenéis, amiga,
y duelen os.
Tuviéralas yo,
y no vos.

Tenía el bachiller suave voz y organizada garganta, y si se terciaba, tocaba la guitarra a lo rasgado. No lo hacía acaso mejor que Cebadón, pero tampoco peor.

—No lo diréis por mí, señor Carrasco —pulsó Antonia.

No le quitaba el ojo el ama, presta a salir al quite.

—Quiero decir —prosiguió la sobrina muy tranquila— que nadie irá más contenta hoy sobre la tierra: dejo enterrado a mi tío como cuerdo, cuando pudo haber muerto tantas veces loco, y sepultada también mi vida pasada. Y por si os parece poco, me lleva regalada el más cumplido de los galanes.

Como novicio en las cosas del amor, Sansón Carrasco no estaba hecho a los requiebros y menos aún delante de las gentes, así que disimuló como pudo, porque es sabido que donde hay mucho amor no suele haber demasiada desenvoltura.

—Ya estoy deseando alcanzar la flota y pasar a las Indias —dijo Sansón para cambiar de tercio.

El gran respingo que dio Sancho sobre la albarda al oír esto estuvo a punto de volverlo a la aldea.

—¡Cómo a las Indias! —exclamó—. Alto ahí, ni un paso más. ¿No vamos a Sevilla a sentar allá cátedra de quijotis-

mo? ¿No íbamos nosotros a ser oblatos de esta nueva cofradía? ¿No viven ya de don Quijote y de mí mismo gentes sin escrúpulos que no nos conocen, academias de tres al cuarto y parapillas de poca monta?

—No, sino a las Indias —replicó el bachiller—. Tú mismo me lo sugeriste.

—Ah, sí —admitió el antiguo escudero—, pero aquello fue un hablar por hablar, que una cosa es predicar y otra dar trigo. Ahora veo que me llevan engañado... ¿Va a ser cierto que quien viaja mil mentiras encaja? Y, mi señora Antonia, ¿vais a consentir alumbrar en una nao? ¿No hay tierra firme bastante en estos reinos? Bien está no servir a merced, como yo le propuse a vuesa merced, y sí con salario conocido, como ha empeñado, aunque sea a cuenta. Pero ni por pienso he de volver a subirme a una galera ni dejar mi patria.

Se refería Sancho al garbeo que les dio a él y a don Quijote el capitán de la armada, el día aquel que salieron en Barcelona persiguiendo a los corsarios que traían cautiva a la hermosa Ana Félix, hija de su vecino Ricote, y a las cosas que vio, que le espantaron y dejaron harto de agua para mucho tiempo.

—¿Y te parece poco qui jotismo cruzar los mares? —le replicó muy alegre Sansón—. ¿No querías tú aventuras? No te apoques, Sancho, y no se te ponga la mar por delante, que allí donde te encuentres bien está tu patria, y recuerda que el que mucho anda y mucho lee, ve mucho y sabe mucho.

En los días que ahorcó sus hábitos, poco antes de salir él a la busca de don Quijote, para reducirlo a su casa, había recibido la madre de Sansón desde Arequipa carta de cierto tío suyo, hermano menor de su madre, don Suero Pérez Maldonado, que, después de muchos años de haber pasado a las Indias, siendo muchacho, y sin saber de ninguno de su linaje, daba señas de vida. Decía en aquel pliego que «Dios ha sido servido de darme hacienda con que vivir, y

quiero tener a mi cabecera persona que se duela cuando Dios sea servido de llevarme, porque ando con harto poca salud». Pedía en ella le mandaran al pariente más cercano, «de quien yo pueda fiar mi hacienda y partir con él de ella», y que fuese despierto, porque en aquel reino no hacían falta los hombres lerdos, sino que fuesen para todo, y supiesen «cuantos oficios hay», y que «viniendo prevenido sacaré provechos». El bachiller, mozo solerte que las cazaba al vuelo, se acordó de aquel pariente, buscó el pliego, y sin encomendarse a Dios ni al diablo lo metió en la faltriquera la víspera de partirse con Antonia y el ama, por lo que pudiera tronar.

—Y no lloves cuidado —continuó, por mor de persuadir a Sancho, y dándose golpecitos en la faltriquera—, que llevo acá un pliego que vale más que carta de marear.

Sancho no era de los que diese su brazo a torcer fácilmente:

—Sí, pero mal año para todos los amos, y a bueno y necesitado, bien se esté san Pedro en Roma. Me quejé mil veces de tener un amo flaco de seso, y ahora veo que me he echado otro más loco todavía. Señor Sansón, no es esto lo que acordamos en el viaje a la Corte, sino que creí que iríamos a Sevilla paso a paso llevando por los caminos, aldeas, lugares, villas y ciudades famosas el pendón de don Quijote, y que podríamos hacerlo graciosamente un día aquí y otro allá, hablando con unos y con otros. Y que de ver y pasar y ver pasar viviríamos con decoro nosotros y los nuestros. Y que llegados a Sevilla, archivo que dicen de las riquezas del mundo, y donde por fuerza todos habrán de conocernos, abriríamos tienda de donaires, como otros la tienen de sedas o lardones. Y allí serían tortas y pan pintado, hablar y dar consejos y contar historias, y con ellas entreteñer honestamente a las gentes y mejorar el mundo, para ejemplo y sostén de los melancólicos, abono de los discretos y compañía de los alegres. Tal y como aparece en el li-

bro, pero de nuestras vivas voces, no en efigie sino de cuerpo presente.

—De cuerpo entero, querrás decir —le interrumpió Sansón—, que yo espero vivir aún muchos y provechosos años.

—Ya sabe qué mal llevé —le replicó Sancho— el que estuviese mi amo anterior toqueteándome las palabras, y mal lo llevaré con vuesa merced, que, como le dije a él, le digo: si me entiende, lo demás sale sobrando.

Prometió no olvidarlo el bachiller, pero siguió diciéndole:

—¿Y dónde has visto tú que nadie abra su bolsa para comprar los donaires de un destripaterrones y los latines de un bachiller sin oficio ni beneficio, y menos aún para oír nuestras burlas?

—¿Va a negarme vuesa merced que no andamos en boca de las gentes? —preguntó Sancho.

Era verdad. No había lugar donde no se hablase de don Quijote y Sancho. En castillos y ventas se organizaban mojigangas y farsas en las que aparecían en efigie, para contento general de grandes y chicos, de principales y villanos, de dueñas y criados, de doncellas, casadas y viudas, y se imitaban sus trazas, y unas veces por simples y otras por agudas, entretenían a todos.

—¿No acuden las gentes a los corrales a ver a unos como nosotros? —prosiguió el antiguo escudero—. ¿No nos tropezamos mi señor don Quijote y yo con aquel don Álvaro de Tarfe que venía de estar con un don Quijote falso y otro yo de pastaflora? Nadie es más que otro si no hace más que otro, dijo mi amo, y del rey abajo ninguno. ¿Y por reír no pagaría vuestra merced cuando está afligido? Sabiendo las gentes que nos hallamos en tal o cual lugar, querrán que les hagamos merced con la verdadera historia de don Quijote y todo aquello que el historiador no dijo; ¿o es que piensa vuesa merced que tampoco querrán venir a ver a su sobrina y al ama?